La casa de la mitad de los minutos

Por Shyvirelle

La primera voz que Mara oyó al llegar a la estación orbital estaba gastada por la repetición. «Buenos días, Lumbre. Aquí Casa Norte. ¿Me reciben?». El saludo salía de un altavoz del pasillo y volvía a empezar cada dos minutos, siempre con la misma respiración antes de la última pregunta.

—Es la señal de prueba —le explicó Rian, el técnico que estaba a punto de jubilarse—. La dejamos grabada porque la recepción es irregular.

La estación se llamaba Casa Norte, aunque no era una casa y no estaba al norte de nada fijo. Giraba sobre un mundo cubierto de océanos y archipiélagos. Abajo, los habitantes de Lumbre podían enviar mensajes a cualquier hora. Arriba, en la estación, solo llegaba una respuesta completa cada dos minutos. Los repetidores de la ruta, uno sobre el mar claro y otro sobre el hemisferio oscuro, se turnaban para entregar las mitades de cada transmisión.

La tarea de Mara consistía en escuchar, registrar y responder. Durante su primera guardia recibió una frase que la dejó desconcertada: «La ventana está apagada». Dos minutos más tarde llegó otra: «La estufa está abierta». El sistema las atribuyó a una mujer que pedía ayuda para su casa.

Mara miró a Rian.

—¿En Lumbre las estufas tienen puertas?

—Algunas. Pero esto tiene olor a empalme. Ocurre cuando dos mensajes llegan demasiado juntos.

Le mostró los registros sin corregir. La persona de abajo había enviado dos frases corrientes: «La ventana / está abierta» y, apenas después, «La estufa / está apagada». La barra indicaba dónde cada frase se dividía en dos fragmentos. El repetidor del mar claro había registrado la primera mitad de cada una; el otro, las segundas. Al reunirlas, la estación había emparejado la segunda mitad nueva con la primera antigua, y viceversa. Ninguna palabra había cambiado. Lo que había cambiado era su compañero.

—¿Por qué no ordenan las partes? —preguntó Mara.

—Este equipo se diseñó para mensajes aislados. Cuando empieza el siguiente antes de que el anterior termine de salir, borra una etiqueta de turno. Hace años pedimos reemplazarlo. Solo autorizaron otra pantalla.

Mara imaginó a alguien recibiendo «La estufa está abierta» mientras intentaba averiguar si entraba aire frío por una ventana. No era un juego de palabras; era una avería capaz de volver inútil cualquier respuesta.

En el registro había docenas de conversaciones semejantes. Un mensaje decía «Llegaré después de la cosecha», seguido de «No salgas antes de que anochezca»; la máquina había enviado «Llegaré antes de que anochezca» y «No salgas después de la cosecha». Otro confundía dos nombres. El problema no era que los habitantes hablaran demasiado. Era que la estación trataba como silencio lo que sucedía entre una mitad y la otra.

Rian llevó a Mara a la sala de las antenas. Desde la ventana se veía el planeta, azul y blanco, moviéndose muy despacio bajo ellos. Sobre un mapa de trayectorias, dos luces alternaban su paso: Alba recogía las primeras partes; Sombra cerraba las transmisiones. Cada ciclo duraba ciento veinte segundos. Si entraba una segunda frase en el momento en que la primera estaba acabando, las etiquetas de ambas competían por un mismo hueco de memoria.

—Entonces, si alguien espera a que termine su frase antes de empezar la siguiente… —dijo Mara.

—El mensaje puede salir limpio. Pero nadie de abajo sabe cuándo termina para nosotros. Y nosotros seguimos enviando respuestas como si pudiéramos interrumpirlos.

En la consola había una lista de llamadas sin respuesta. A Mara le llamó la atención una, repetida durante catorce semanas. La firmaba una mujer llamada Ena desde un pueblo costero. Todas las noches, a la misma hora, la estación le enviaba el saludo de prueba. Ena respondía; la máquina volvía a emitir el saludo. En el registro bruto se veían mitades de sus mensajes, pero ninguna había llegado a formar una frase que alguien escuchara. Al otro lado debía de parecer que la estación estaba habitada por una persona incapaz de escuchar lo que le decían.

Mara retiró el saludo automático de aquella línea. No lo borró: lo guardó para que quedara constancia de lo ocurrido. Luego buscó una forma de hablar con turnos que ambos lados pudieran reconocer sin tener que ver el mismo reloj.

Preparó una instrucción breve para los pueblos de Lumbre. Quien iniciara una conversación enviaría un solo mensaje de dos fragmentos, cerrándolo con una señal acordada. Después dejaría dos minutos completos sin transmitir. La estación esperaría el ciclo siguiente para contestar y haría lo mismo. Ninguna de las dos partes supondría que el otro había terminado solo porque en su pantalla parecía haber un espacio vacío.

Rian comprobó el procedimiento con un transmisor de prueba. Primero Mara envió «Prueba uno / termina aquí». Dejó pasar dos minutos. Cuando vio los dos fragmentos reunidos, envió «Prueba dos / empieza ahora». La pantalla mostró dos frases correctas, separadas por sus ciclos. Repitieron el intento con la pausa reducida; volvió la mezcla. No repararon la memoria defectuosa ni hicieron más rápidos los repetidores. Simplemente encontraron un modo de no pedirles dos cosas a la vez.

—Va a ser más lento —advirtió Rian.

—Ya era lento. Solo fingíamos que no.

Publicaron el horario de escucha y enviaron la instrucción a las estaciones de superficie. Al principio muchos respondieron con dos o tres frases seguidas, por costumbre. Mara repetía la norma sin regañar a nadie. En unos días, los mensajes empezaron a llegar enteros. Algunos eran asuntos urgentes y exigían prioridad; para esos casos reservaron un turno sin tráfico ordinario. Otros eran preguntas pequeñas que llevaban semanas atrapadas en la misma avería.

Mara eligió la primera llamada de voz concertada para Ena. Anunció el turno, transmitió su nombre y dejó pasar el tiempo que correspondía. No rellenó la espera con música, instrucciones nuevas ni frases tranquilizadoras. Frente a ella, el indicador del repetidor Alba se encendió. Un minuto después apareció la señal de Sombra. Los dos fragmentos se juntaron en la pantalla.

—Te oigo —dijo Ena—. Quería saber si había alguien que también me oyera a mí.

Mara esperó su turno de respuesta. Miró el mundo por la ventana mientras el contador descendía. Cuando por fin se abrió el canal, no dijo el saludo que Ena conocía de memoria.

—Sí —respondió—. Soy Mara. Estoy escuchando.

Dos minutos después llegó una risa breve, entera, sin una mitad colocada en el lugar equivocado. Luego Ena empezó a contarle cómo estaba el mar aquella mañana. Mara dejó que terminara. Por primera vez desde su llegada, el espacio entre dos mensajes no le pareció una avería: era el lugar donde una voz podía acabar de decir lo que había venido a decir.